

La *orden general* es arrancar nuestras tiendas á las tres de la madrugada y pasar el río *Azmir* antes de que despunte la luz del día.

XXVI

Acción y paso de *Cabo Negro*.—Un *aduar*.
Divisamos á *Tetuán*.

Día 14 de Enero.

"Descendía ya el Abencerraje por la *Cuesta de los Almendros*, admirando la luz inmensa de aquellos horizontes interminables que se agrandan y multiplican á cada paso desde aquel punto. Deseaba ver á Granada antes que el sol cayese del todo... La ciudad de las mil torres se presenta á sus ojos, como por encanto, toda entera. ¡GRANADA!, gritó el gulf, agitando en el aire su sombrero. Aben-Hamet quiere hablar y no puede; dos torrentes de lágrimas obscurecen su vista; el sol se pone; el cañón de la fortaleza anuncia el fin del día; la ciudad va á cerrarse pronto."

(CHATEAUBRIAND.)

Hago el primer alto á un cuarto de legua del lugar en que hemos estado acampados estos últimos días.

El camino que he seguido hasta aquí corre por la misma orilla del mar, entre sus vívidas ondas y las inmóviles aguas de las lagunas del *Azmir*.

Apenas es de día.

El Ejército está en movimiento hace cerca de dos horas.

Delante de mí distingo todo el SEGUNDO CUERPO (diez y seis Batallones), marchando en ordenadas Columnas.—Pronto llegará á los primeros estribos de *Cabo Negro*.

Detrás de mí quedan el TERCER CUERPO y el

de Reserva, la Artillería rodada, la Caballería y los equipajes.

El General en Jefe y su Cuartel General pasan en este momento el puente de barriles de que ya he hablado.—Los aguardaré aquí, donde estoy enteramente solo, en medio de una extensa playa, escribiendo sobre el arzón del caballo...

El día amanece claro y apacible; pero creo que lloverá esta tarde, según el color de algunas nubecillas.

En el suelo de esta desierta playa yacen tendidos de trecho en trecho algunos soldados del SEGUNDO CUERPO, que se han quedado rezagados por serles imposible seguir la marcha...—El color de su rostro basta á justificar su conducta. ¡Están atacados del cólera!

Y ¡qué lástima causa verlos, acostados cerca del camino; tapada la cara con el ros (como si se avergonzasen de su mala suerte y no quisiesen ser conocidos); reclinada la cabeza sobre el fusil (ya inútil), que tan cuidadosamente prepararon anoche; vencidos sin gloria; derribados antes de la lucha, y confiando en que los Batallones que vengan en pos de ellos los recogerán y trasladarán á bordo de alguna nave!...

A propósito de naves: parte de nuestra Escuadra ha emprendido también un movimiento paralelo al de las fuerzas de tierra, y se dirige hacia la Ensenada de *Cabo Negro*, donde recibirá esta noche los heridos y el parte de la acción que hemos de reñir; cargamento de dolor y gloria que llegará mañana al amanecer á la madre Patria.

Entretanto los Moros han notado ya que avanzamos, y empiezan á correrse por las montañas de la derecha, también con dirección al Sur...

¿Qué dirán al vernos *caminar*, ellos que ya deben de saber que siempre llegamos adonde nos proponemos?—¡Grande será su desesperación al darse cuenta de que ni los rudos temporales de

estos últimos días, ni las privaciones que nos causaron, ni el cólera, ni tan repetidas luchas, han bastado á quebrantar el tesón de O'Donnell!

¡Cuán lenta..., sí, pero cuán segura, cuán irrevocable es nuestra marcha! ¡Siempre adelante! ¡Siempre ganando terreno!—Aquí se esquivo una laguna, allá se domina un monte; ora se tienden puentes, ora se terraplenan cortaduras; ya se desecan pantanos, ya se remueven peñas de sus asientos seculares!... ¡Pero nunca un paso atrás! ¡Nunca la inacción ni la duda! ¡Jamás una derrota!

He aquí ya al general O'Donnell y á su Cuartel General, que se dirigen al indudable teatro de una nueva acción...

—Mucho va usted á tener que escribir hoy...—me dicen algunos al verme lápiz en mano.

Pronto los seguiré... Las guerrillas de la División Orozco, que empiezan á ocupar las primeras alturas, no nos llevan más que un cuarto de legua de delantera, y, al primer tiro, podré trasladarme allí de un galope, á fin de verlo todo por mis propios ojos.

Entretanto acabaré de bosquejar el cuadro de esta importantísima marcha.

La Artillería, negra y pesada, con sus reatas de mulas cargadas de municiones, pudo al fin pasar también por el inseguro y larguísimo puente de barriles, que los Ingenieros tienen que componer á cada instante.

Como escolta de la Artillería viene la primera Brigada del TERCER CUERPO, mandada por el brigadier Cervino.

Las acémilas, es decir, los equipajes, adelantan asimismo por la playa.—Tiendas, muebles, armas de repuesto, ropas; el vidriado, las ollas, las camas, las sillas y mesas de tijera, las maletas, los cajones de víveres, los sacos de cebada, los mazos de heno, los cartuchos, la pólvora de

cañón, nuestro poder, nuestras riquezas, nuestro hogar, nuestra Patria..., todo, todo ha sido levantado, todo cambia hoy de sitio; todo entra en acción, corriendo el azar de la lucha.

Dentro de un instante el famoso Campamento de *Río Azmir* existirá únicamente en la Historia.—Ya sólo se ven ir y venir por él algunos asistentes... Ya no debe de quedar nadie dentro, pues ha comenzado á arder la trinchera, y un círculo de llamas indica la demarcación de la que ha sido durante algunos días Colonia militar española...

Pero partamos...—¡Acaba de romperse el fuego en las fragosidades de *Cabo Negro*, y el tiro-teo es cada vez más nutrido!...—¡Dios proteja á los suyos!

Una hora después.

Vamos triunfando...—¡A lo menos, hasta ahora todo se declara en nuestro favor!

La División Orozco ha logrado penetrar por cierta cañada que da fácil acceso á unas medianas posiciones, desde las cuales podremos combatir más ventajosamente que esperábamos.

Este paso ha sido de una audacia increíble. ¡Figuraos que ha consistido en meterse en un laberinto de bosques y cerros, sin visible salida, dominado en todas direcciones por cordilleras más elevadas!

Es decir, que nuestro ataque se ha dirigido al corazón de la sierra, al foco del peligro, al amenazado desfiladero, en vez de pensar en limpiarlo antes de enemigos tomando las montañas de la derecha.

Esta inconcebible osadía ha dado los más ventajosos resultados, pues la cuestión queda ya reducida á cortar rectamente la sierra, á abrirse en dos caras desde su centro, y á atacar simul-

táneamente las alturas de la derecha y las de la izquierda.

Las de la izquierda son más fáciles de tomar por nosotros, y, sobre todo, de conservar, en atención que los enemigos que quedasen de este lado, al verse cogidos entre nuestros soldados y el mar, tendrían que refugiarse al llano de Tetuán; dejándonos dueños hasta de la Atalaya que se levanta al extremo mismo del promontorio.

Las de la derecha son escabrosísimas; están cubiertas de ásperos y oscuros bosques; se encadenan hasta una gran distancia con otras alturas sucesivas de *Sierra Bermeja*, y será necesario sostener hoy no sé cuántos renovados combates para quedar tranquilos por este lado...

Con todo, yo doy ya por cosa hecha el temido paso de *Cabo Negro*.—¿Cómo no, si estoy viendo trepar á nuestros soldados por entre setos y malezas, tanteando el terreno por todas partes, enseñándose unos á otros el camino, volviendo apenas el rostro para mirar al que cae atravesado por una bala, cobrando nuevo brío al ver correr sangre española, ocultándose á veces detrás de las peñas, surgiendo de pronto ante el enemigo con la formidable bayoneta relumbrando al sol, ardientes, impetuosos, penetrados de lo que están haciendo, del objeto de la operación, de la idea del General y del éxito seguro de la empresa?—¿Cómo no, si la Bandera española empieza á correr de colina en colina, y si cuando dejo de verla un momento, es para distinguirla más allá, sobre un monte elevado, donde la saludan marciales himnos y la aclaman *vivas* arrebatadores?

.....
He hecho un nuevo alto, á fin de apuntar detalladamente en mi cartera el cuadro que tengo ante la vista.— Hay lugares y acontecimientos

que no quiero fiar á la memoria, pues nuevas impresiones los eclipsarían ó harían palidecer, y, cuando á la noche tratara de recordarlos, habrían ya perdido aquel color, aquella animación, aquella luz en que consisten la verdad y la elocuencia de ciertos espectáculos.—Así es que muchas veces prefiero dar, aunque desaliñados, los rápidos bocetos escritos con lápiz en presencia de los sucesos, á transmitir luego sosegada y ordenadamente débiles reflejos de una claridad medio extinguida.

Oídme, pues; observad, sentid y reflexionad conmigo en el interesante lugar á que he llegado hace un momento...

Estamos en la cañada de que ya he hablado; en la entrada de *Cabo Negro*, y á nuestro alrededor se elevan corpulentos montes exuberantes de vegetación, que ocultan y sombreaman varios hogares africanos...—Es decir, estamos en medio de un *aduar*; hemos penetrado ya en los escondidos lares de algunos Moros; hemos sorprendido el secreto de sus apartadas viviendas...

Para muchos, esta primera avanzada de la población Marroquí, esta pobrísima cortijada, esta aldehuela miserable, carecerá de importancia y de encanto.—Para mí, que vivo de ilusiones, como suele decirse; que veo visiones, según otra frase vulgar, este asilo de una tribu de pastores Arabes ofrece más interés, más belleza, más poesía que todas las capitales de Europa.

Ya, antes de penetrar aquí, algunos pedazos de tierra cultivada en las laderas más suaves de los cerros me indicaron la cercanía de país habitado; después, un alborozado relincho de mi buena *Africa* me dió á entender que había olido algo semejante á su bello ideal, ó sea á una cuadra abrigada y cómoda; por último, al revolver una ligera colina, me encontré con este primer nido de Moros, con este primer cubil de panteras...

Como supondréis, todos sus habitantes han huído.—Los fuertes varones quizá guerrearán allá arriba en este instante.—Las hembras y los niños, con los ganados y lo más indispensable del ajuar, emigrarían á las fragosidades de *Sierra-Bullones*, desde que el Ejército cristiano asomó por encima del *Río Azmir*.—Aquí quedan tan sólo doce ó quince cabañas de grandes dimensiones, construídas con cañas y ramaje, y apoyada cada una en sólido muro de piedra y lodo.

En medio de ellas tiénese aún de pie un viejísimo *Morabito*, igual al del *Otero* y al de los *Castillejos*; especie de ermita ó mausoleo edificado hace muchos siglos; que atrajo después á su alrededor á alguna familia errante de pastores; que dió carácter religioso y acaso nombre á esta exigua población, y que hoy se hunde, coronado de hiedra y de flores campesinas, entre el respeto de los que nacieron á su sombra.

Cerca de él, y en el centro de una pequeña explanada, hay un pozo con su alto brocal de piedra y una gran pila ó abrevadero. El agua del pozo casi se toca con la mano, y el brocal, aunque tosco por la materia y por la forma, no carece de cierta elegancia. Tiene algo de clásico, de monumental, de bíblico.—Un artista inspirado no lo pintaría de otra manera al trazar el cuadro de *Rebeca y Eliezer*.

Dentro de las chozas no ha quedado ningún objeto que responda á mi curiosidad de ver ó adivinar la vida doméstica de los Moros.—Sólo algún zarzo de cañas, cubierto de largas pajas de cebada, constituyendo un lecho; algún cesto de palma, que habrá sido pesebre, y varios cántaros rotos, de barro cocido y de la forma más común en Andalucía, además de huellas recientes de ganado lanar, de camellos, de bueyes y de asnos, revelan que hace pocas horas moraban aquí en paz unos sencillos labriegos y pastores,

cuya sangre habrá ya regado tal vez la verde sierra en que se criaron...

Pero la belleza efectiva de este paraje no reside en sus accidentes y pormenores, sino en su gracioso y pintoresco conjunto. Es necesario abarcar de una sola mirada y en un solo pensamiento el ruinoso *Morabito*, á la vez templo y sepulcro; las prolongadas y parduscas viviendas, que parecen arrancadas de un paisaje de Lacroix; el solitario pozo y la extensa pila, rodeados de humedad y de frescura; los corrales, demarcados con frágiles setos de entretejidas ramas; los escasos frutales, deshojados por el invierno, que se levantan entre las diseminadas chozas; los salvajes alcornoces, que oscurecen y cubren de terror y de misterio las ásperas laderas; el reducido pedazo de cielo azul que cobija esta cañada; el Sol matutino que penetra hoy en el abandonado *aduar*, tan gozosa y apaciblemente como en los pasados días de tranquilidad y ventura; la intensa luz que se proyecta sobre las cabañas; las largas sombras que quedan detrás; el vago claroscuro del interior de ellas; la falta de lontananzas; el silencio de aquí; el estruendo del combate, que sigue rugiendo allá arriba; esta soledad; aquel tumulto; las desiertas comarcas que hemos atravesado hasta ahora; el asomo de población, de sociedad, de familia, que ya nos sale aquí al paso..., es menester, digo, considerar todo esto á un mismo tiempo y condensarlo en la imaginación, para sentir y comprender sus indefinibles encantos.

Yo, á lo menos, al escribir en mi álbum de viajero estas incoherentes frases; apoyado en el rudo brocal del benéfico pozo que tantas veces habrá templado la sed de las caravanas; de pie sobre esta tierra que acaban de abandonar los que la llamaban suya y se la agradecían al cielo; viendo á mi caballo apurar el agua que

algún Arabe depositó en esa pila, y en que hace algunas horas bebió su ágil trotón *que se deja atrás el viento*; mirando allá, silencioso y mustio, un perro fiel echado á la puerta de aquella choza que guarda aún el calor de la tribu fugitiva..., yo, repito, no puedo menos de recordar mil solemnes escenas del Antiguo Testamento, los viajes extraordinarios por olvidadas regiones que leía ó proyectaba en mi niñez, las mágicas leyendas de nuestro inmortal Zorrilla, y, sobre todo, aquellos versos de Espronceda, que tanto han hecho soñar á los adolescentes de mi tiempo:

Distante un bosque sombrío;
El sol cayendo en el mar;
En la playa un adiar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa caminar...

Pero esta parada se hace larga, y nuevas tropas nuestras llegan á interrumpirme...—Es el TERCER CUERPO de Ejército.

Dejemos el Arte, y volvamos á la Guerra.—La tempestad arrecia sobre esas cumbres, y muy pronto nuestras guerrillas darán vista á la llanura de *Tetuán*.

¡No quiero ser de los últimos que saluden la ciudad codiciada!...—¡Adiós, pues, hasta dentro de una hora!

A las nueve de la mañana.

Todavía no hemos dominado completamente la complicada y abrupta cordillera; todavía no hemos podido llegar á sus últimas cumbres y extender nuestra vista por el llano.

¡Y eso que cualquiera diría que todos los soldados se hallan poseídos, como yo, de un afán de poetas, de una curiosidad de viajeros!—; Tal es su impaciencia por divisar á *Tetuán*!...

¡Qué ardor, qué vehemencia en el ataque!—

No parece sino que la acción de hoy se da más bien por el gusto de ver un horizonte nuevo que por tomar una fuerte posición al enemigo.

Ya falta poco...—Los Moros huyen de cerro en cerro, batiéndose en retirada...—; Un esfuerzo más, y estamos al otro lado de este formidable promontorio!

—¡*Cobardes, cobardes!*—oigo gritar á nuestras tropas, que ven huir á los Marroquíes...

¡*Inocentes!* debieran decir.—Esta belicosa raza está dando hoy muestras de su completa impericia militar. ¡Cualquier guerrillero de Europa, con un solo batallón, hubiera disputado días y días el paso por tan quebrado monte á los ejércitos de Jerjes, lo cual no es negar que nos esté costando mucha y muy preciosa sangre cada colina que conquistamos!...—¡Ah! Sí... ¡A la sombra de esos corpulentos matorrales gimen ya ó duermen el sueño eterno cien denodados Españoles...

Pero la corneta vuelve á tocar *ataque*...

¡Ah, valientes! Los dos Batallones de *Castilla* y el de *Cazadores de Simancas* se lanzan de nuevo á la carrera... ¡Sigámosles!...

¡Oh gloria! ¡Ya arremeten á la última posición..., á la cumbre más elevada!...

¡Arriba! ¡Arriba! ¡Llegó el decisivo momento!

.....
Ya diviso las agrias y colosales crestas del gigantesco *Atlas*...—La nieve cubre entretanto sus umbrías, y, por consiguiente, la descomunal espalda del Titán aparece rayada de blanco y negro como la piel de una pantera...

Ya veo, ya mido el espacio y el aire que median entre las dos sierras, cuyas aguas descenden al valle de *Tetuán*...

Ya empiezo á distinguir la nebulosa explanada que se extiende del otro lado del *Río Martín*, llamado por los Moros *Guad-el-Jelú*.

Un paso más, y...

Pero fuerza es detenernos otra vez...—¡Nutridísimo fuego vuelve á estallar en todas partes!... Es el esfuerzo supremo de la desesperación...

¡Ah! ¡Cuánta sangre generosa enrojece nuevamente la tierra!.....

.....
 ¡Adelante!—Los *vivas* de nuestros soldados ahogan el estruendo de los mil tiros y de los mil lamentos que resuenan por todas partes...

Dos ó tres Banderas españolas ondean en señal de triunfo en medio de las balas...

¡Oh! ¡Aquellos han llegado ya!... ¡Tetuán y su campo han aparecido ya á la vista de algunos de nuestros Cazadores!...

—¡*Viva España!* ¡*Viva la Reina!*—gritan locos de entusiasmo.

—¡*Camillas!* ¡*Camillas!*—repiten en tanto lúgubrememente los de la derecha.

¡Desgraciados! ¡Caer en el último momento! ¡Caer á dos pasos del término de sus afanes! ¡Cerrar los ojos á la vida cuando ya se entreabría el horizonte mostrándoles el anhelado premio de sus trabajos!

Mas ¿quién repara en un hombre más ó menos en el momento que la Patria resucita?—Allá, en las cumbres más excelsas de *Cabo Negro*, resuena la *Marcha Real*... Nuestros cañones disparan ya sobre el *Llano*... El horizonte se cubre todo de humo denso...

¡Arriba! ¡Arriba! ¡Un minuto más, y venga después la muerte!

.....
 ¡TETUÁN!... —El Llano, el Río, el Mar, la *Aduana*, *Fuerte Martín*, otro río..., otro aún..., huertas, quintas, aduares..., la Torre de *Geleli*, la *Alcazaba*..., ¡todo ha surgido de una vez ante mis ojos!

¡Todo, todo lo abarco de una mirada! ¡Todo

se dilata bajo mis pies! ¡Todo lo encierro entre mis brazos cuando los tiendo hacia la llanura, murmurando en lo íntimo de mi alma:—¡*Gracias, Dios mío!*

La ciudad no se descubre completamente; pero allá se ven sus torres... ¡Allá está medio escondida y como sepultada en los verdes cojines donde se recuesta!

Unas suaves colinas, adelantándose por en medio de la llanura, sirven como de almohada á la muelle deidad. Sólo se distingue su almenada frente, reclinada sobre un blando collado... El resto de su hermosura queda púdicamente escondido en las ondulaciones del terreno.

¡Pero es ella! En torno suyo agrúpanse jardines y casas de campo, artilladas torres, verdes y pintorescos cercados llenos de árboles, dilatadísimas vegas, tres refulgentes ríos; toda la pompa y magnificencia de una ciudad soberana.

¡Es ella! Montes altísimos la guardan por todos lados, y, adormecida dulcemente á la cabeza del extenso valle, parece presidir desde su trono el esplendoroso espectáculo que ofrecen la llanura, la ría, el mar y los gigantescos promontorios que forman su anchurosa rada.

Al llegar á este punto, mil escenas análogas acuden á mi memoria y exaltan mi fantasía.

Ya recuerdo el momento en que los Israelitas avistaron la Tierra de Promisión después de su largo destierro; ya aquel otro en que Atila asomó con sus hordas bárbaras por la cumbre de los Alpes y detuvo su caballo para contemplar las fértiles llanuras de la Italia que se extendía á sus pies; ya el instante en que los Indios descubren la gran Pagoda de Jagrenat, después de un largo viaje en que les habían servido de guía los blancos huesos de los millares de peregrinos muertos en anteriores expediciones; ya la alegría con que los Mahometanos, después de una

peregrinación de ochocientas ó mil leguas, divisaran las torres de la Meca ó de Medina, que tantas veces se les aparecieron en sueños...

Pero la verdadera imagen de mi gozo, de mi entusiasmo y alegría, no debe buscarse en ninguna de esas religiones.—Un gran poeta, Torcuato Tasso, los ha descrito inmejorablemente en su *Jerusalén Libertada*, cuando los Cruzados dan vista á la sacrosanta Ciudad:

Alí ha ciascuno al core ed alí al piede,
Nè del suo ratto andar però s'accorge:
Ma quando il Sol gli aridi campí fiede
Con raggi assai ferventi, e in alto sorge,
Ecco apparir GERUSALEM sí vede,
Ecco additar GERUSALEM sí scorge:
Ecco da mille voci unitamente
GERUSALEM salutar sí sente!

¡Ay! ¡Cuántos, cuántos compatriotas nuestros salieron de Ceuta ansiosos de descubrir á *Tetuán*, y han quedado enterrados en el camino! ¡Cuántos que ven desde aquí la ciudad no penetrarán dentro de sus muros!

Yo no me canso de mirarla... Una leve niebla, que se alza perezosamente del húmedo llano, empiezo á ocultarme su poética imagen... Diríase que un blanco alboroz morisco envuelve á la bellísima sultana...

Ni sé cómo describirla para que la veáis, para que os la imaginéis tal cual es, con sus montes y sus campiñas, con su cielo y su arbolado, con su ambiente fantástico y sus vivísimos colores...

Mas ¿qué dudo? — ¿Visteis á Granada desde las alturas de Fajalauza? ¿Leisteis, á lo menos, *El último Abencerraje* y la descripción que hace allí Chateaubriand de la Damasco de Occidente?—; Pues *Tetuán* es *Granada*!

La llanura, los términos de su horizonte, su colorido, su aire, su luz, la comarca en conjunto, todo recuerda completamente la vega grana-

dina.—El mismo verdor obscuro, igual lujo de frutales, idénticos caseríos en el campo... ¡Ah! La ilusión es completa.—El Atlas es Sierra Nevada; Cabo Negro es Sierra-Elvira; Sierra Bermeja y la Torre de Geleli representan las alturas de la Alhambra; esos tres ríos son el Darro, el Genil y el Beiro...

Pero deliro efectivamente. Demos de mano á las comparaciones y exageraciones poéticas, y oíd la descripción real y positiva del cuadro que hemos descubierto al asomarnos á esta montaña.

Sabéis desde luego que nosotros llegamos á la llanura por en medio de uno de sus lados.—A la izquierda, y como á una legua de aquí, está el mar.—A la derecha, y á la misma distancia, se encuentra *Tetuán*, á la cabeza, por decirlo así, del valle, aunque bastante inclinado al Sur.—Desde *Cabo Negro* á los montes de enfrente habrá unas tres leguas, y atravesados en este intermedio, corren los tres ríos de que he hecho mención.—Uno de ellos, que debe de ser el *Martín*, desemboca en el mar, allá, lejos, por una anchurosa y potente ría.—De los otros dos, el uno, pobre y humilde, da sus aguas al *Martín* cerca de la *Aduana*, y el otro, algo más rico y mucho más soberbio, se comunica directamente con el mar, al que rinde tributo no lejos de este promontorio.

Por lo demás, el centro del llano y mucha parte de su zona oriental están cuajados de pantanos y lagunas; ya francas y limpias como lucientes espejos, ya repletas de hierbas que apenas asoman á flor de agua.

En el mar no se ve ni un solo barco.—*Fuerte Martín* se distingue allá como un fantasma parado en medio de la playa.—Cerca de él se divisa otro edificio más pequeño, también sumamente blanco, y que llaman el *Almacén*.—Media legua más arriba veo la *Aduana*, solitaria, espaciosa,

mirándose en el *Martín* ó *Guad-el-Jelú*.—Por todos lados elévanse corpulentas pitas, mucho mayores que cuantas recuerdo haber visto en los reinos de Valencia y de Granada.—Subiendo aún más por el llano, y cerca ya de las montañas, encuéntrase bosques espesísimos, que desde aquí parecen de naranjos, y entre ellos vense asomar cien pintorescas quintas, ó, como si dijéramos, *cármenes* al estilo de mi tierra.—Después empiezan las huertas, los cercados, los brazales, las acequias, los cañaverales apretados, los caminos llenos de sombra, los setos insuperables, todo lo cual constituye las *afueras* de la escondida ciudad.—Por último, cerrando esta decoración al Mediodía, álzase el *Atlas*, descomunal cordillera que estoy citando á cada momento, y que, así por su renombre como por su importancia real, describiré detenidamente cuando la vea á menor distancia.

.....
Mas ya que vemos tanto, bueno será que *nos dejemos ver* un poco. Quiero decir: bueno será que nos imaginemos lo que se dirá de nosotros al vernos asomar por esta altura.—Para ello bastará con que nos pongamos en el caso de los habitantes de este territorio.

Dos meses van á cumplirse desde que principió la Guerra. Durante este tiempo habrán llegado á *Tetuán* mil contradictorias noticias acerca de lo que ocurría al otro lado de Cabo Negro.—“*Los Españoles avanzan*”, dirían unos.—“*Los Cristianos han sido derrotados*”, dirían otros.—“*Ya se acercan...*”—“*Ya retroceden*”...—“*Van á morir de hambre...*”—“*No pueden proseguir...*”—Todo esto se habrá contado al día siguiente de cada combate...—Y los pacíficos moradores de la ciudad y de su llanura habrán abrigado alternativamente temores y esperanzas!... Hoy ya sabrán á qué atenerse.—Esta mañana

oirían los primeros tiros á la entrada del valle; después verán huir á sus tropas; luego habrán distinguido nuestra Bandera en la cumbre de los montes, y ahora escucharán nuestros gritos de triunfo y nuestros himnos de gloria, percibirán nuestras relucientes bayonetas que relumbran en las cúspides más elevadas, sentirán el largo trueno de nuestros cañones, y comprenderán, en fin, que hemos vencido siempre, que hemos vencido hoy, y que nada ha podido ni podrá detenernos...

¡Cuál será, pues, el susto, la tristeza, la desesperación de los vecinos de *Tetuán*! ¡Cuánto les impondrá nuestra aparición inesperada! ¡Qué grandes y poderosos figuraremos en su imaginación! ¡Qué impotente y desgraciado les parecerá su Ejército! ¡Cómo exagerarán la tribulación y el infortunio que les traemos con nuestras armas!

Mas no por eso os figuréis que ha penetrado el desaliento en las huestes enemigas... Yo hablo solamente de lo que dirán los ancianos, las mujeres y los niños. En cuanto á los guerreros marroquíes, pertinaces y tercos como nunca, pugnan todavía y pugnarán hasta última hora por rechazarnos, ó, cuando menos, por cobrarnos muy caras nuestras victorias.

¡Y, si no, ahí los tenéis aún, escalonados en las colinas descendentes que van á morir en la llanura! Miles de ellos corren de un lado á otro, luchando con el tesón de siempre... De cada bosque, de cada barranco sale una lluvia incesante de mortífero plomo.—El combate está muy lejos de haberse concluído.

Pero, así y todo, compadezcamos una vez más á nuestros inocentes adversarios.—Los infelices no desconocían la importancia militar de *Cabo Negro*..., no. Lo que acontece es que no han sabido aprovecharla. Fijemos, si no, la atención

allá abajo, y veremos un *Reducto* construído en toda forma... Pero ¿dónde? ¡Sobre la llanura!— ¡En verdad os digo que no se comprende torpeza semejante! ¡Nos ceden el paso al través de media legua de pavorosos desfiladeros, y acumulan sus medios de resistencia en la salida de la tremenda garganta, en una suave colina dominada por todas partes, en el último escalón del monte, donde el terreno no les presenta ya punto alguno á que retirarse en el caso de ser rechazados!...— ¡Qué obcecación tan inconcebible!

Por lo demás, el *Reducto* es de primer orden, pues tiene su parapeto de tierra y árboles y sus aspilleras perfectamente colocadas.— En este momento lo ocupan unos cien Moros de á pie, y en torno suyo giran como quinientos jinetes, al parecer muy ufanos de tan risible fortificación...

¡Pronto verán el caso que hacemos de ella!— Nuestros Ingenieros se ocupan en allanarle el camino á la Artillería, y dentro de un rato podremos continuar desahogadamente el ataque hasta bajar á la llanura.

En ella nos aguardan numerosísimas huestes de Caballería mora..., pero no aquellas fabulosas legiones de que nos habían hablado.— Sin duda se habrán quedado de reserva para otro día.

En esto, ya han dado vista al llano por todas partes los restantes Batallones del SEGUNDO CUERPO, el General en Jefe y su Cuartel General.— El TERCER CUERPO, que forma hoy la retaguardia, empieza también á invadir estos montes, viniendo á su frente el general Ros de Olano, que se hallaba enfermo á bordo de un vapor, y ha dejado una vez más el lecho en que le retienen sus pertinaces dolencias, para montar á caballo y buscar al enemigo.

Ocupan la extrema izquierda, ó sea la altura que linda con el mar, los *Cazadores de Figueras*, mandados por el comandante D. Francisco An-

chorena; luego sigue el segundo Batallón de *Castilla*, con su jefe, D. Antonio Archeaga, y á continuación se encuentra el primero de *Córdoba*, y á su frente el coronel comandante don José Claver.

En la derecha se han establecido los Batallones primero de *Saboya*, con su jefe, el coronel Santa Pau; el segundo de *Córdoba*, al mando de su coronel, D. Vicente Vargas; el de *Cazadores de Simancas* y el de *Arapiles*, con sus respectivos jefes, D. Joaquín Cristóu y D. Romualdo Crespo, y el primero de *Castilla*, mandado por su comandante D. Alejandro Villegas.

Cada uno de estos Cuerpos ha necesitado para llegar adonde se encuentra sostener una porfiada lucha, y dos de los citados jefes, Crespo y Villegas, han mezclado su sangre con la de los soldados. Mas no por esto dejan de estremecer el aire los himnos patrióticos, ni es menor el orgullo y la alegría con que se celebra la primera parte de la victoria de hoy...

Y digo *la primera parte*, porque todo empieza á indicar que la lid va á recrudecerse con mayor violencia.

.....
El primitivo Ejército moro, que, después de combatirnos en el *Serrallo* y la *Concepción*, ha venido flanqueándonos desde los *Castillejos*; el mismo que hemos visto siempre acampado cerca de nosotros; el que nos ha seguido como una sombra por *Monte Negrón*, las alturas de la *Condesa* y *Río Azmir*, atacándonos todos los días pares de este mes, á contar desde el 4; ese Ejército, digo, principia á asomar por las últimas cordilleras de nuestra derecha.— Esta mañana levantaría su campo al ver que nosotros levantamos el nuestro; pero, sea que los Moros hagan esta operación con más lentitud que nuestros soldados, sea que hayan traído peor camino,

ello es que las huestes acaudilladas por Muley-el-Abbas llegan tarde para ayudar al otro Ejército moro que nos esperaba hoy en *Cabo Negro*, y que tan fácilmente hemos derrotado.

Y digo que el refuerzo llega tarde, porque nuestros Ingenieros han tenido ya tiempo de construir trincheras en los puntos más descubiertos de nuestra línea, y la cien veces benemérita Artillería de Montaña ha penetrado por intrincados laberintos y subido por ásperas laderas hasta situarse en posición ventajosa, dando cara á los enemigos...

Para esto (¡asombraos!) ha sido menester transportar algunos cañones *en hombros de los mismos Artilleros*.—¡Acabo de verlo, y apenas me atrevo á escribirlo, temeroso de que no lo creáis!...

Mas ya se rompe el fuego por la derecha entre las nuevas fuerzas moras que entran en acción y la segunda División del SEGUNDO CUERPO, á cuyo frente marcha el general Prim con su Cuartel General.

Sigámosle.

.....
Su llegada no puede ser más oportuna. El enemigo, en crecidísimo número, trataba de forzar nuestras posiciones y sostenía un fuego certero y nutrido que nos causaba muchas bajas; pero la primera acometida de nuestros Batallones le obliga á retirarse al segundo estribo de la cordillera.

Allí se rehace aceleradamente, empeñando un nuevo combate que dura más de media hora...— En él luchan con sin igual denuedo los soldados de *Simancas, Chiclana, Arapiles, Alba de Tormes, Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa*; es decir, menos de seis mil hombres (que tan meritados están ya estos valerosos Cuerpos) contra cuadruplicadas fuerzas, esto es, contra todo el

Ejército que Muley-el-Abbas mandaba anteayer tarde frente á las Lagunas del *Azmir*.

El segundo estribo es tomado como el anterior.

Pero aun ofrece la cordillera á los pertinaces Marroquíes un tercer accidente en que situarse para volver á la carga. Detienen en él su precipitada fuga, y reforzados ahora con un considerable número de caballos, que ya pueden maniobrar, por ser estas laderas más suaves, intentan sostenerse y hasta piensan en atacarnos...— ¡Verdaderamente, tan indómito valor es digno de alabanza!

Por tercera vez son rechazados y puestos en dispersión. Nuestros soldados pisan ya la tierra en que los imprudentes circuncisos los desafiaban hace pocos momentos, y el general D. Enrique O'Donnell, que ha cargado bizarramente á la cabeza de un Batallón, desciende al fin á una especie de meseta avanzada sobre el llano, donde puede jugar fácilmente la Caballería...

Entonces consulta el Conde de Reus con el de Lucena, y queda decidido dar un ataque combinado de las dos armas, en el caso de que los Moros pretendan asaltar esta última posición, tan valerosamente adquirida.

.....
La ocasión no tarda en presentarse. Una verdadera nube de enemigos, compuesta de infantes y jinetes revueltos en horrible confusión, avanza con salvajes alaridos y feroces demostraciones contra la descubierta meseta...

El general Prim los deja aproximarse y llegar á medio tiro de fusil... Entonces, y sólo entonces, resuena en nuestra línea un multiplicado toque de ataque general, que repiten todas las cornetas de Infantería y de Caballería, y los Escuadrones de *Villaviciosa* y de *Húsares de la Princesa* salen al escape de sus caballos por la

derecha y por la izquierda, en tanto que los Batallones de *Simancas, Toledo, Princesa, Saboya* y *Chiclana* se lanzan á la bayoneta con su ímpetu acostumbrado.

El enemigo, aunque tan superior en número, ni siquiera intenta resistir esta formidable acometida. ; Desde que oyó resonar las cornetas volvió grupas atribuladamente, y allá corre por el llano con dirección á *Tetuán*, dejando en nuestro poder sus infantes heridos, que no quieren rendirse y mueren á hierro, maldiciendo y peleando!

Rápido, enérgico, brillantísimo ha sido este momento de la acción. El General en Jefe, que tan impasible contempla los más solemnes espectáculos, se ha dejado arrebatado, como todos, por el movimiento de nuestras tropas, y, metiendo espuelas á su caballo, ha pasado por entre los Batallones, bajo un diluvio de balas, gritando en medio de la refriega:

—; Viva la Infantería española!

A esta exclamación, y al entusiasta saludo con que la acompaña, responden mil y mil ecos gritando:

—; Viva el General en Jefe! ; Viva O'Donnell!

Entonces el Caudillo se descubre, y contesta... lo que ha contestado siempre en Africa al oírse vitorear:

—; Soldados, viva la Reina!

Entretanto, el famoso *Reducto* de los enemigos ha caído en poder del general Ros de Olano, quien ha cargado con el Regimiento de *Albuera* hasta llegar á la llanura, desalojando á los *Moros* de sus últimos parapetos...

Cabo Negro está vencido.

.....
; Ah, nos parece un sueño! ; Se acabaron las sierras! ; Se acabaron las luchas desiguales y alevosas!

Cerca de dos meses ha tardado nuestro Ejército en batir veinte leguas cuadradas de monte; pero ya ha dado fin tan espantosa tarea.—; Treinta ó cuarenta mil enemigos han sido ojeados, expulsados ó muertos en los barrancos y malezas de tan agrestes montañas!...—; Qué estupenda, qué grandiosa, qué descomunal cacería!

Mañana podremos descender tranquilamente á ese llano; correr en nuestros caballos por esas praderas; pasear, esparcirnos; vivir con libertad y desahogo...

; Ah! Sí...; pero, entretanto, aun hemos de pasar una noche en la cumbre de estas montañas (atrincherados convenientemente y prevenidos contra cualquier sorpresa), y cata aquí que, aprovechando la ocasión, las densas nubes que nos han acompañado en tan larga y fatigosa travesía vienen á despedirse de nosotros, sin duda para que no olvidemos los buenos ratos que nos han dado en estas sierras.

.....
Llueve á mares.—Nuestras tiendas se plantarán, como siempre, sobre charcos de agua; y cuando nos preparáramos á comer y á descansar después de un día entero de dieta y de combate, tenemos que empezar á luchar con la lluvia y con el viento.

Es más: ni los equipajes ni las tiendas asoman todavía por ningún lado... ; Bonita noche nos espera, en lo alto de un promontorio, á seiscientos metros sobre el mar, luchando con un temporal deshecho, y acaso, sin cama ni albergue!...

Tengamos paciencia..., y hasta mañana.

; Ah! Se me olvidaba decir que el *aduar* por donde hemos pasado hoy se llama *Medik*...

Así acaba de asegurármelo un antiguo desertor del Presidio de Ceuta, que hoy nos sirve de guía.

En mi tienda, á las diez de la noche.

Hace cuatro horas me despedí de vosotros hasta mañana, y tal *mañana* no ha llegado todavía. Sin embargo, cojo otra vez la pluma para daros las buenas noches antes de acostarme, y deciros que, gracias á Dios, llegaron nuestras tiendas y equipajes un poco antes de oscurecer.

Mi cama se ha mojado mucho en el camino... Pero ¿qué importa, si ya me he secado en una hermosa hoguera, acabo de cenar como un rey y tengo un sueño que envidiaría un bienaventurado?

¡Sólo sigue preocupándome una cosa, y es el afán de adivinar lo que estarán diciendo á estas horas en la ciudad vecina al ver las hogueras de nuestro Campo!

¡Imaginémonos el efecto que producirán estas mil luces, tachonando el crespón de una noche tan tenebrosa!...

Cabo Negro parecerá inmenso catafalco cubierto de enlutadas cortinas y coronado de antorchas funerales.

—¡Madre, madre!...—preguntarán los niños á las *siervas* de los Moros.—¿Qué iluminación es aquella?

—¡Calla, hijo mío!—responderán las angustiadas mujeres.—¡Son los Cristianos!

¡Y el humillado Musulmán, que restaña la sangre de sus heridas de hoy para volver mañana á la lucha, rechinará los dientes en las tinieblas al oír el nombre de sus mortales enemigos!

XXVII

Un paseo por el llano.

Cabo Negro, 15 de Enero.

Aquí nos tenéis en el mismo sitio que anoche. El día de hoy se ha empleado en pasar la Artillería rodada y toda la impedimenta por los desfiladeros que atravesamos ayer tarde; pues ya comprenderéis que, para bajar á establecernos en la playa, en *Fuerte Martín* y en la *Aduana* (puntos que distan de aquí una legua por término medio), necesitábamos ante todo poner á salvo tan importante bagaje.

Ya lo tenemos á vanguardia; pero todavía nos es preciso aguardar otra cosa que asegurará más y más nuestra bajada á la llanura...

Lo que ahora aguardamos es á que se presente por mar una nueva División de ocho Batallones que viene á reforzar nuestro Ejército, al mando del general D. Diego de los Ríos, la cual se embarcó en *Ceuta* ayer mañana y ha pasado la noche en la ensenada de *Cabo Negro*, protegida por los mejores buques de nuestra Escuadra y por seis ú ocho lanchas cañoneras de muy poco calado.

En dicha ensenada, separada *ya hoy* de nosotros por este promontorio, tuvimos la base de operaciones durante todo el combate de ayer, y por allí recogió nuestros heridos y enfermos la otra Escuadra que nos ha seguido siempre en nuestra marcha por la costa, prestándonos todo género de auxilios.—Hoy mismo nos comunicamos con el mar por aquel punto, si bien esta comunicación es ya muy precaria y fácil de in-

terrumpir.—En cambio, mañana, cuando los buques que traen á la División Ríos doblen el Cabo y entren en la rada de *Tetuán*, tendremos en sus aguas nuestra base de operaciones.

Hoy no ha aparecido el enemigo en la vastísima llanura que se ve desde aquí, y de la cual han tomado posesión particularmente (ya que no oficial ó militarmente) muchos individuos de nuestro Ejército, ansiosos de pasearse por terreno llano, y, sobre todo, de reconocer *tierras moras*.

La única señal de vida que han dado los Marroquíes ha sido plantar muchísimas tiendas, como á una legua de distancia, delante de *Tetuán*, sobre las segundas estribaciones de *Sierra Bermeja*...—¡Ah, señores Moros! ¡Ya nos veremos cara á cara!—¡Terminó la guerra del acecho y la alevosía! ¡Ya os veremos venir cuando nos busquéis! ¡Ya sabemos dónde estáis para cuando nos toque buscaros!

Nuestras bajas de ayer fueron veinticinco muertos en el campo de batalla, cuatrocientos heridos y ciento cincuenta contusos.—Afortunadamente, tanta preciosa sangre no ha sido perdida... ¡Mañana será nuestra la llanura de *Tetuán*, sin disparar acaso ni un solo tiro!

En cuanto al cólera, podemos decir que nos ha abandonado... ¡Pero él volverá!—El cólera es como los Moros: así que nos ve parados dos ó tres días en un mismo Campamento, viene y nos ataca.

Conque ahí tenéis el *Boletín* del día de hoy.—Hablando ahora de mis operaciones personales, os diré que he dado un paseo á caballo por la llanura, hasta media legua de nuestro Campo, en compañía de cierto amigo.

La tarde ha sido apacible y resplandeciente, y durante mi cabalgata he encontrado muchos objetos curiosos que voy á ver de recordar.

Al principio, todos ellos eran despojos marroquíes de la acción de ayer: espuelas, bolsas de municiones, caballos muertos, monturas, cadáveres, ropas ensangrentadas y algunas armas de escaso mérito.

Las *espuelas* se parecen á nuestros antiguos acicates, con la diferencia de que la púa con que se aguijona el caballo es de una longitud extraordinaria.—¡Las he visto de cerca de una cuarta!—Las *bolsas* son de taflete rojo ó amarillo, con flecos y adornos de seda ó de la misma piel.—Las *monturas*, generalmente forradas de paño encarnado, parapetan, por decirlo así, al jinete dentro de la silla: tan altos son sus labrados borrenes. Debajo de ellas lleva cada caballo hasta siete mantillas de paño fino, y de un color diferente.—Los *caballos*, enjutos y de poca alzada, no tienen nada de bellos como forma, si bien su traza y contextura justifican las cualidades que habíamos admirado en ellos, al verlos correr, saltar, subir por las laderas y revolverse en todas direcciones, obedeciendo, no á la mano del jinete (que á cada momento abandona las riendas), sino á la más ligera presión de sus rodillas. ¡Indudablemente, hay que reconocer en estos afamados corceles africanos no sé qué superioridad ó privilegio físico, semejante al que caracteriza á sus dueños, verdaderos Caínes, hijos primogénitos de la Naturaleza!

También he visto y examinado prolijamente unas huertas y un *aduar*, en que no faltaba nada; de donde saqué en consecuencia que sus moradores murieron en la acción de ayer; pues, de no ser así, se hubieran llevado consigo, al abandonar sus chozas, muchos de los objetos que han dejado en ellas.

Cada una de las *huertas* está cercada por un seto de cañas, y encierra verdes hazas de trigo muy bien cuidadas, higueras, naranjos y otros

frutales como los de Europa, enormes chumbas y cuadros sembrados de nabos y patatas.—Una hermosa acequia atravesaba estas heredades.

En medio de las chozas del *aduar*, y en vez de pozo, como el que vi en el del *Cabo Negro*, había un manantial de agua cristalina, que hacía bullir la arena al tiempo de brotar. Una fina alfombra de suaves hierbas rodeaba aquella bienhechora fuente, cuyo blando murmullo convidaba á la paz y al descanso...

No lejos percibíase la *era de pan trillar*, como se dice en Andalucía, empedrada con mucho esmero, y, en fin, en dos ó tres puntos he visto algunos pedazos de terreno con grandes matas de tabaco...

A todo esto, dos soldados, acaso los primeros que habían visitado el *aduar*, salían muy ufanos de una de sus chozas cargados de útiles de cocina, siendo lo más gracioso que uno de ellos, sin duda en señal de toma de posesión, hizo asta-bandera de una caña que encontró por allí, á la cual ató su *único pañuelo*, dejándola clavada sobre la misma choza.

—El espíritu de conquista es innato en los Españoles...—exclamó mi amigo.

En aquella y otras cabañas hallamos puertas de madera con goznes de hierro, semejantes en todo á las de nuestros cortijos; candiles de barro para aceite, de una forma que tenía algo de clásica ó de *antigua*, en el sentido artístico de esta palabra; mazas dentadas para desgranar el maíz; un molinillo grande dentro de un mortero de barro, que no dudé se emplearía para hacer el *alcuzcuz*; grandes artesas, rastillos y arados muy parecidos á los nuestros; algunas albardas por el estilo de las que han traído las acémilas regaladas al Ejército por los Aragoneses; cucharas de palo; mariscos; miel blanca; una cabeza de cordero, cuya sangre

fresca indicaba que el animal había sido degollado ayer; muchas semillas de melón, calabaza, sandía, mijo y tabaco; alguna galleta de pésima calidad, y muchas tinajas, ollas y jarros de tierra cocida, cuya configuración no carecía de cierta gracia.

Añadid ahora algunas *camas* de hierbas secas; dos ó tres otomanas de palma llenas de paja; espuestas de la misma materia llenas de sal, y varias esteras de junco, y tendréis completamente inventariado el ajuar de aquellas pobres viviendas.

Al regresar á este nuestro Campamento (satisfecho ya en parte mi afán de *arabizar*), he fijado más mi atención en la Naturaleza...—; Qué vegetación! ; Qué verdura tan deslumbradora, no obstante la estación en que nos hallamos! ; Qué gigantescas pitas, qué desmesuradas hierbas, que enormes juncos y cañas!

Por lo demás, el canto de los millones de ranas que moran en tanto y tanto charco asorda completamente el valle; la intensa luz del Sol, más viva aquí en invierno que en Francia durante la canícula, deslumbra y produce vértigos; las acres ó narcóticas emanaciones de las plantas, ó excitan los sentidos, ó los adormecen; el viento del Sur, que baja sonando del gigantesco Atlas, parece como que corta la circulación de la sangre..., y todas estas agitaciones ó este letargo producen no sé qué estado febril, que fatiga y postra á un tiempo mismo.

No lo dudéis: consisten semejantes fenómenos en que éste es otro *mundo*, en que ésta no es la que podríais llamar vuestra *patria zoológica*, vuestra región, nuestro *medio*; en que este aire, esta tierra, este Sol, no fueron hechos para los hijos de Europa; en que os sentís aquí exóticos, intrusos, *extranjeros*... en el orden de la Naturaleza.

Pero dejémonos de temerarias lucubraciones, y volvamos á las cosas de la Guerra...

Orden del día para mañana: Desembarco de la División Ríos.—Traslación de nuestro Campamento al Puerto de *Tetuán*, punto de comunicación con el mundo civilizado,—y los demás asuntos pendientes.

XXVIII

Desembarco de la División Ríos.—El Reto.
¡Los Moros no tienen cañones!

Cabo Negro, 16 de Enero, por la noche.

“¡Aun en *Cabo Negro*!”—diréis.

¡Sí, señor; aun en *Cabo Negro*! ¡No se puede hacer todo tan de prisa como se desea, ni las cosas de la guerra son tan fáciles de realizar como se figuran los políticos, recostados en blanda butaca al amor de juguetona lumbre!

Oid la causa de nuestra detención.

Ayer tarde, cerca de anoecer, bajáronse unos doce mil Moros al pie de *Sierra Bermeja*, donde acamparon resueltamente.

—¡Ya están ahí! (dijimos todos con cierta mezcla de alegría y de zozobra). ¡Mañana al amanecer nos presentarán batalla campal y *estrenaremos* esta llanura!

Y así nos acostamos.

Pocos serían, empero, los que durmiesen á pierna suelta, ya porque nuestra extensa y mal acondicionada línea requería cuádruples guardias, ya porque la proximidad del enemigo y la expectativa de un gran combate, diferente en todo de los sostenidos hasta el día, preocupaban fuertemente los ánimos.

De mí sé decir que más de una vez salí anoche de mi tienda para ver las hogueras de los Campamentos enemigos,—sobre todo las del recién plantado, que allá lucían entre las sombras como otros tantos ojos que nos espiasen...

Aun era de noche, y hacía bastante frío, cuando nos despertó la *diana*.

—¡Abajo esas tiendas! ¡Abajo esas tiendas!—gritaban los jefes por todos lados, no dando la orden á son de corneta para no prevenir á los Moros.

Salí, pues, de mi *casa*, á fin de que la derribasen; y por pronto que quise volver á verla, ya no pude encontrar el sitio en que había estado edificada y en que yo había pasado la noche.

Entretanto, hacíanse equipajes por todos lados, á la luz de las fogatas y de algunas linternas de mala muerte; cargábanse las acémilas; dábase orden á los brigaderos de marchar con ellas por la llanura, á lo largo de *Cabo Negro*, hacia la orilla del mar; y todo el mundo apresurábase á tomar un bocado y un poco de café, preparándose así, aunque tan fuera de hora, contra las eventualidades del próximo día...

Juntamente con su primera luz esperábamos recibir á un mismo tiempo un *ataque* por la derecha y un *refuerzo* por la izquierda.—Del *ataque*, ya se notaban algunos síntomas: las hogueras del Campamento moro se habían reanimado, y otras nuevas brillaban en la llanura.—En cuanto al *refuerzo*, consistía en la División Ríos, cuyo desembarco no podía tardar, puesto que los buques tenían orden de doblar á *Cabo Negro* al amanecer.

¡Ah, con qué impaciencia aguardábamos la aparición de nuestros barcos en la rada de *Tetuán*!—Creedme: la expectativa de este placer nos hacía olvidar el peligro que nos amenazaba por el lado opuesto...

En lo demás, la operación simultánea de avanzar nosotros desde estas alturas y de aparecer nuestra Escuadra con la División Ríos, nos haría instantáneamente dueños del llano, de la ría y de sus fortificaciones; lo cual prueba el gran acierto del plan llevado á cabo por nuestro General en Jefe.

Y, si no, poneos á pensar qué podían hacer hoy los pobres Moros, cogidos por segunda vez en las redes de nuestra estrategia...

¿Bajar á la playa, á servirse de los medios de defensa que han acumulado allí, y estorbar el desembarco de Ríos?—¿Tanto mejor para nosotros, que en este caso marcharíamos de frente, cortaríamos la llanura hasta llegar á *Río Martín*, y dejaríamos aisladas y presas entre dos fuegos, sin comunicación con *Tetuán* y envueltas por nuestros Batallones, todas las fuerzas enemigas que se hubiesen acercado á la orilla del mar!

¿Atacar nuestros Campamentos? El general Ríos desembarcaría entonces tranquilamente, subiría por la orilla del *Martín*, ocuparía la *Aduana*, y desde allí protegería nuestra bajada de flanco por las faldas de *Cabo Negro*, hasta colocarnos á retaguardia de su División, sin que los Moros pudiesen seguirnos.

¡Ah! ¡Bien dijo el que dijo que más vale maña que fuerza!—¿Cuánta y cuán dolorosa iba á ser la perplejidad de los pobres Marroquíes!

.....
Mientras discurríamos así esta madrugada, formados é inmóviles en los últimos escalones de la sierra, la luz del día se abrió paso por entre una espesa bruma que nos ocultaba las olas del mar. Nuestros relojes apuntaban las siete cuando ya empezó á verse claro en todas direcciones.

Entonces pudimos observar que, durante la noche, los Moros habían plantado una infinidad

de tiendas en todas las alturas que rodean á *Tetuán*.

¿Eran nuevos Ejércitos? ¿Era la población de *Tetuán* que salía de la plaza para defenderla?

—¿Mirad el *Atlas*!—exclamaron en esto algunos circunstantes.

El *Atlas* se había nevado espantosamente durante la noche.—¿No era para menos el frío que habíamos pasado bajo las tiendas!—Y ¿qué severo y hermoso estaba el hereúleo gigante con aquella vestidura de ancianidad!

Por último, á las siete y media, un largo murmullo de alborozo cundió por todas las filas...

—¿Un barco!... ¡Se ve un barco!...—gritamos todos, según que lo íbamos descubriendo.

Era una lancha cañonera... Después apareció otra, y luego otra, y, en fin, hasta seis ó siete...

—¿Ya está ahí Ríos!—fué la exclamación general.

Y todo el mundo se hacía ojos para no perder ni un solo detalle del desembarco.

Entretanto los buques de alto bordo iban también apareciendo lentamente y poblando el solitario fondeadero.

Algunos minutos después, la rada estaba materialmente cubierta de naves.—Entre grandes buques de guerra, vapores de transporte, barcos de vela, cañoneras y guardacostas, contamos más de ciento...

El encargo de las cañoneras era batirse en primera línea contra las baterías rasantes que los Moros habían construido en la playa... con ayuda de vecinos... —Los otros buques de guerra de alto bordo dispararían contra *Fuerte Martín* y la *Aduana*.—En los vapores-transportes venían los ocho Batallones de la División Ríos.—Y, en fin, los guardacostas tenían orden de penetrar oportunamente en la ría, ó sea en el río *Martín* (que, como ya he dicho, es navegable),

con gran dotación de tiradores protegidos por las cañoneras, y disparar de flanco contra los Moros, caso de empeñarse una batalla.

Cuantos conocíamos semejantes pormenores del programa de hoy, estábamos deshechos por ver cómo iban sucediendo las cosas previstas...

En esto se oyó un cañonazo, que resonó en nuestros corazones más que en nuestros oídos... ¿Quién lo había disparado? ¿Las baterías de los Moros ó nuestros buques?

Un largo silencio vino á demostrarnos que el cañonazo había sido nuestro.—A ser de los Moros, nuestra Escuadra le hubiera contestado inmediatamente.

En el ínterin (¡oh desdicha!), la bruma que desde el amanecer cubría las olas se había extendido y hecho más espesa, hasta borrar, por decirlo así, del panorama que contemplábamos, primero la Escuadra, luego la costa, después los fuertes del llano, y por último *Tetuán* y todo cuanto nos rodeaba...—; Quedamos, pues, como en medio de las tinieblas!

A las ocho y media sonaron dos ó tres cañonazos más, que nos alarmaron bastante; pero ni el fuego continuó, ni nuestras avanzadas dieron aviso de ver moverse al enemigo por la llanura...

—Todo va bien...—pensamos entonces.

A las nueve seguía la niebla; pero á veces se aclaraba por algunos puntos, como si el viento la desgarrase, y nos dejaba distinguir, medio veladas, dos ó tres embarcaciones que parecían flotar en las nubes, muchas *bayonetas reluciendo en la playa*, y la mancha cuadrada y negra de algún Batallón formado...—; Indudablemente, las tropas de la División Ríos desembarcaban sin dificultad!

Por último, cerca ya de las diez, oímos el són de las músicas y de redoblados vivas...

Al mismo tiempo aclaróse algo la atmósfera,

y vimos ondear la bandera encarnada y amarilla en *Fuerte Martín* y en el *Almacén* inmediato.

¡Ríos había desembarcado, en efecto!

Entonces se dió orden de avanzar hacia la playa á nuestros equipajes, que, acompañados de una Batería de Montaña, esperaban al pie de *Cabo Negro* á que la orilla del mar estuviese por nosotros.

Disipóse al fin la niebla completamente cerca ya de las once...—Mi primera mirada fué para la División Ríos, que allá se veía formada cerca de *Río Martín*... Pero la segunda fué para los Ejércitos moros, cuyas operaciones durante aquellas cuatro horas de absoluta ceguera no habíamos podido adivinar...

Pronto nos tranquilizamos; su cautela había sobrepujado á nuestra prudencia; pues, comprendiendo el pensamiento de O'Donnell de cortarles la retirada á *Tetuán*, caso de permanecer en la playa estorbando el desembarco del general Ríos, habían regresado á sus altos Campamentos, no atreviéndose á intentar cosa alguna hasta que el aire hubiese recobrado su transparencia.

En este momento recibióse el primer *Parte del Mar*, traído por un ayudante de Estado Mayor.—Los ocho Batallones del general Ríos estaban ya en tierra... En *Fuerte Martín* se habían cogido siete cañones de á 18 y 24, tres cureñas, una cabría inglesa y muchas municiones... Los disparos que habíamos oído fueron efectivamente nuestros, sin que á ellos hubiese contestado el enemigo..., á pesar de tener dos buenas baterías *enterradas* en la playa, con cañones enteramente nuevos...—; Ni un solo Moro había parecido por ningún lado!

“Por todas partes y en todas direcciones (dijo además un testigo presencial) se veían huellas recientes de caballos, bueyes, camellos y cabras.

¡La aparición de nuestros buques había ahuyentado de allí hombres y rebaños!"

El general de Marina D. José María del Bustillo, no satisfecho con el silencio de las baterías marroquíes, entró en una canoa y subió por la ría hasta *Fuerte Martín*, cuyos aposentos reconoció por sí propio; después de lo cual avisó al general Ríos que ya podía comenzar el desembarco.

Este se verificó rápidamente al pie de *Cabo Negro*; y no habían saltado á tierra los últimos soldados, cuando ya estaban reunidos á la nueva fuerza la Batería de Montaña y los conductores de equipajes procedentes de nuestro Ejército...

Al avistarse los *veteranos* y los recién llegados, se dirigieron entusiastas aclamaciones, en las cuales se hubiera dicho que España saludaba á España.

Después se dedicó todo el mundo á desembarcar los efectos pertenecientes á la nueva División, así como víveres para todo el Ejército, mientras que las lanchas cañoneras, los cruceros y los guardacostas penetraban en la ría y surcaban las agrídulces aguas del *Martín*, entre la *torre* de este nombre y la *Aduana*...

Semejante relato no podía ser más satisfactorio.—Ya teníamos un puerto... Ya éramos dueños de la llave de la llanura, de la verdadera puerta de *Tetuán*.—Nos dimos, pues, todos la enhorabuena, y preparamos nuestra imaginación á los espectáculos curiosos que disfrutaríamos allá abajo en cuanto recibiésemos la deseada orden de trasladarnos á la orilla del mar.

.....
Pero el hombre propone y Dios dispone...—Dígolo porque los señores Moros comenzaron á moverse y á tomar posiciones amenazadoras partiendo de una *torre* que domina á *Tetuán*, y que los guías llaman *Torre Jeledi*.

De aquel punto y de todas las colinas adyacentes bajaban sin cesar á la llanura grandes rebaños de infantes, que no otra cosa parecían los Marroquíes, vestidos casi todos de blanco y marchando en revueltos pelotones alrededor de sus montados jefes, ó bien desfilaban por altos cerros en largas comitivas, asemejándose á numerosas comunidades de dominicos.—Al verlos así, nadie hubiera dicho que marchaban en són de guerra. Sus espingardas no brillaban sino muy rara vez, pues las llevaban horizontalmente tendidas, como se lleva el cirio en un entierro ó procesión; y aunque su andar parecía lento, echaban el paso tan largo, que adelantaban tanta tierra como si corriesen.

Al mismo tiempo empezó á presentarse por todas partes su blanca y aérea Caballería; y así como, cuando nieva, vense primero algunos copos diseminados acá y allá, hasta que poco á poco va desapareciendo la obscura tierra bajo un manto cada vez más espeso, del propio modo aquellas *pintas* de Caballería, que aparecieron como por encanto en mil diferentes parajes de la llanura, fueron dilatándose, extendiéndose, espesándose también, hasta que al cabo de algunos minutos tapaban verdaderamente los prados...

No creáis, empero, que teníamos enfrente la anunciada fabulosa nube...—Ocho mil caballos habría, cuando más, á nuestra vista...—¡Pero en cuanto á efecto visual, era el mismo que si se nos hubieran presentado ochenta mil!

Me explicaré.—Mil caballos nuestros, formados, como van siempre, en sólidas masas ó columnas, no aparentan más de lo que son... Pero mil jinetes árabes, corriendo sin cesar de un lado á otro, esto es, multiplicándose por sí mismos, dispersos, airosos, gallardos, representan cien veces su propio número, y ocupan una lengua cuadrada de terreno...—Ahora bien: ¡ima-

ginaos el bulto que harían aquellos ocho mil fantásticos caballeros y los diez ó doce mil peones que se arremolinaban en torno suyo!—¡Espectáculo verdaderamente soberbio, verdaderamente inolvidable!

El Ejército agareno se extendía desde los contrafuertes de *Sierra Bermeja* hasta las orillas del *Martín*; pero sin avanzar por la llanura y como esperando un ataque nuestro contra *Tetuán*...—No era éste, ni podía ser todavía, el plan del general O'Donnell; mas, con todo, proporcionábase la ocasión, y aun el compromiso de honra, de venir á las manos en campo abierto y cara á cara, y demostrar cada uno su fuerza y poderío...—Decidió, por tanto, presentarles la batalla en aquellas anchurosas praderas.

Para ello empezó por situar en el llano doce piezas en batería, apoyadas por la División de Reserva y unos mil quinientos caballos: total, cosa de seis mil hombres.

En seguida colocóse él en una colina, al frente de los CUERPOS SEGUNDO y TERCERO, capitaneados por Prim y Ros de Olano (cuyas fuerzas ascenderían á doce mil infantes), y mandó avanzar á los de la llanura en demanda del enemigo.

Anduvieron los nuestros como un cuarto de legua ordenada y tranquilamente, formando la Caballería dos líneas de batalla y marchando la Infantería en recias y simétricas columnas.

—¡Alto!—mandó el General en Jefe.

Y esperó nuevamente las operaciones de los Moros.

Solemne y majestuoso era aquel instante.—Todo el mundo callaba, observando los movimientos de los Moros.—O'Donnell, silencioso también y con los anteojos fijos en el horizonte, calculaba sus fuerzas y las contrarias; medía el terreno; graduaba las eventualidades de la lucha, daba alguna orden en voz baja á sus ayu-

dantes, que partían como exhalaciones; se paseaba á veces tranquilo, y otras con visible impaciencia, y, en uno y otro caso, demostraba más que nunca aquella naturalidad, aquella sencillez, aquella distinguida llaneza que forman la base de su carácter militar y político.

El enemigo recogió al fin el guante y acudió á nuestro reto.—Copiosas huestes de Infantería y Caballería destacáronse de su largo frente de batalla, y avanzaron derechamente contra nosotros, dando feroces alaridos y blandiendo las espingardas sobre su cabeza. De vez en cuando hacían un alto y se apelonaban... Pero luego volvían á caminar, dejando á los de las alas que anduviesen más de prisa; lo cual daba por resultado la *media luna* de siempre.

Nosotros no nos movíamos ni hacíamos fuego. á pesar de tenerlos ya á distancia, no sólo de nuestros cañones, sino también de nuestras carabinas.

En cambio, ellos empezaron á dispararnos...

¡Oh momento! Cada vez contábamos más enemigos... Cada vez los teníamos más cerca... ¡Qué nube de Caballería! ¡Qué enjambres de tumultuosos peones!... ¡Y todos venían de frente, á pecho descubierto..., sin parapeto ni defensa alguna!...—¡Al fin iba á resolverse definitivamente el problema de la Campaña!

Pues bien: todo fué asunto de un instante. Abriéronse nuestras filas, dejando descubiertas las doce piezas; tronaron éstas con formidable estampido; antes que la última hubiese disparado, ya estaba cargada de nuevo la primera; siempre había dos ó tres granadas en el aire; una detonación ahogaba á otra; la lluvia de fuego no cesaba ni un solo punto...

Entretanto, dos Escuadrones de nuestra Caballería avanzaban por la derecha, tratando de envolver un ala de la Infantería marroquí; nues-

tros Cazadores se desplegaban en guerrilla por el centro, y la reserva de nuestros caballos adelantaba lentamente por la izquierda, á fin de cortar la retirada á los que avanzasen por aquel punto...

No fué menester más: la orden de *¡sálvese el que pueda!* cundió como un relámpago por la extensa línea enemiga, y volviéndonos la espalda resueltamente, peones y caballeros apelaron á la más desesperada fuga, perseguidos por nuestras granadas, que les causaban visibles pérdidas, mientras que en nuestras filas no había corrido ni una sola gota de sangre.

Huyeron..., sí, llenos de espanto.—Fué la dispersión más descompuesta y antimilitar que puede imaginarse... Los unos se amparaban de las colinas de nuestro frente; los otros se dirigían á *Tetuán*; éstos remontaban el llano con dirección á *Sierra Bermeja*; aquéllos pasaban el río *Martín* y se perdían en la llanura de la otra banda...

¡Y nuestros cañones disparaban siempre, adelantando cada vez más hacia el Campamento enemigo! ¡Y ora caían las granadas en las lagunas, levantando palmas de agua; ora reventaban en medio de un grupo de fugitivos, derribando caballos y caballeros y sembrando la consternación en cuantos los seguían; unas veces estallaban en el aire, y sus cascos descendían como horrorosa granizada sobre los atribulados Musulmanes; otras las perdíamos de vista en fuerza de su fabuloso alcance; pero conocíamos que habían ido á caer al otro lado del Campamento moro, por detrás de las colinas, donde más seguros se creían los que no habían entrado en acción!...—¡Ah! Esto no era ya glorioso... ¡Esto era cruel!

—¡Hagamos fuego sobre sus tiendas antes que las levanten!—exclamaban al mismo tiempo mu-

chas voces, demostrando una ferocidad que sólo puede sentirse en tales casos...

¡Y nuestras granadas cayeron entre las tiendas moras; y fueron más lejos; y debieron de llegar á las puertas de *Tetuán*; y no hubo punto del valle adonde no llevaran la destrucción y la muerte, y ya no se veía ni un Moro por ningún lado!

¡Me atreveré á decíroslo?—Todo esto ha despertado en mi corazón no sé qué extraño remordimiento...—*¡Los Moros no tienen cañones!*

Esta superioridad nuestra se halla más que compensada (lo sé bien) por otras muchas ventajas que les dan á ellos el guerrear en su país, los auxilios que éste les presta á todas horas, su numerosa Caballería, el contar siempre con fuerzas mayores que las nuestras, y otras muchas circunstancias ya mencionadas...—Sin embargo, yo no puedo menos de compadecer ó respetar la derrota del valeroso enemigo que hoy ha sido rechazado *antes de que pudiese hacer uso de sus armas.*—¡Ellos nos buscaban á nosotros, y se han encontrado con nuestros cañones!...

—¡Tanto peor para ellos!—dirá la madre Patria.

Y la madre Patria dirá perfectísimamente.

En fin, terminemos...

Eran ya las tres de la tarde. El llano entero había quedado por nuestras tropas. Los equipajes y las tiendas se hallaban en la playa hacia mucho tiempo, y nosotros contábamos con ir á dormir allí esta noche...—Pero he aquí que, en el momento mismo de emprender la marcha en aquella dirección, sábase que entre nuestras actuales posiciones y la orilla del mar hay algunos puntos pantanosos, por donde no podrán rodar nuestros cañones... hasta que se tiendan ciertos puentecillos, que estarán (dicen) habilitados ma-

ñana por la mañana... — Desítese, pues, de la marcha, y envíase orden á los brigaderos de volver á subir á *Cabo Negro* las acémilas con las tiendas, para acampar en el mismo sitio que anoche y anteanoche.

En esto comenzó á llover... ; y no digo más! — ; Mientras fué la orden á la playa y los equipajes tornaron á *Cabo Negro*, pasaron cinco horas..., todas de viento y lluvia,—y de absoluta *dieta*, á contar desde las seis de la mañana!

Pero estamos ya tan acostumbrados á mojar-nos y á no comer, que á nadie se le ocurrió preferir ni una sola queja.—El que llevaba espada se apoyó en la espada, y el que tenía fusil se apoyó en el fusil, y de este modo aguantamos de pie derecho, inmóviles y silenciosos, aquellas cinco horas de hambre y agua, durante las cuales debió de ponerse el Sol, llegó la noche, salió ó debió salir la Luna, perdióse por la nublada atmósfera, y aun nos quedó tiempo de pensar en un millón de cosas presentes y pasadas, y quién sabe si también futuras...

Llegaron, por último, las tiendas.—Cada uno había procurado hallar el sitio que ocupó la suya ayer y anteayer; plantáronse todas casi sobre las huellas que dejaron esta mañana, y hay hombre que se considera feliz en este momento sólo de pensar que ya no le entra el agua por el cuello y le sale por los pies, como le ha sucedido toda la tarde.

En cambio, víveres, ropas, suelo, tiendas, camas, todo está chorreando...—; Dios nos lo tome en cuenta! — ; Y agradecédmelo vosotros también; pues tal es la situación en que os escribo, á las doce y pico de la noche y en lo alto de *Cabo Negro*, para que no os falten noticias de nuestras aventuras de hoy!

XXIX

Bajamos á la playa.—Vista general de *Tetuán*.
Fuerte Martín.—Campamento de *Guad-el-Jelá*.

17 de Enero.

San Antón..., gran fiesta popular en toda España.

(Los soldados celebraron anoche sus vísperas encendiendo dobles hogueras: una, para atender á las necesidades del Campamento; la otra, para seguir la costumbre de la Patria...)

A las cinco todo el mundo está ya de pie, y todas las tiendas por el suelo.

Cárganse de nuevo los equipajes, y, al amanecer, nos encontramos como ayer á la misma hora: con la casa en camino, y nosotros vivaqueando junto á las hogueras, sobre la montaña que ha dejado de ser nuestro Campamento.

Los puentes para la Artillería están concluidos, y nada nos impide salir para la playa...

Así las cosas, ; empieza á llover á cántaros!

Recíbese contraorden: mándase volver pies atrás al convoy de equipajes, y plántanse por tercera vez las tiendas en el mismo sitio que pensábamos abandonar.

; Esto es ya demasiado!

.....
A las diez escampa: múdase el viento; rómpense las nubes, y aparece el Sol...

Las cornetas tocaron otra vez *orden general*.

—; *Abajo las tiendas, y en marcha!*—repítense por todas partes.

; *Vuelta á la misma operación!*—Los asistentes toman el cielo con las manos...— Pero luego acaban por echarlo á broma.